

La Barcelona de Juan Goytisolo: una cartografía de rupturas

Blanca Ripoll Sintes

Universitat de Barcelona

En una anotación fechada el 30 de diciembre de 1929, Walter Benjamin da inicio a su hermosa carta de amor a la capital francesa que es *París*:

Nada más llegar a la ciudad, la gratificación es inmediata. De ahí que en vano uno se proponga no escribir sobre ella. En una muestra de gratitud, y como hacen los niños cuando recrean la mesa rebosante de regalos del día de Navidad, acabas reconstruyendo el día transcurrido (Benjamin, 2013: 7).

En los dos volúmenes de su proyecto autobiográfico, *Coto vedado* (1985) y *En los reinos de taifa* (1986), Juan Goytisolo no salpica el desgranar de sus vivencias con la crónica ni amorosa ni nostálgica de su ciudad natal, Barcelona. Ni tampoco teje historia de amor alguna con el conjunto de sus habitantes a través del ejercicio memorialístico y ordenador de la escritura autobiográfica. Probablemente no eran esos sus objetivos al acometer su honesta y cruda empresa. Con todo, Benjamin aparece en dos ocasiones fundamentales en los libros citados y ambas tienen que ver con distintos niveles de actuación del concepto de memoria. La primera referencia emerge en uno de los capítulos metaliterarios, de reflexión crítica acerca de la escritura autobiográfica, que, marcados en cursiva, estructuran el formato dialogístico de *Coto vedado*, capítulo situado prácticamente al final del volumen. En él, el narrador autodiegético reflexiona acerca del terror experimentado al pasar la frontera entre España y Francia durante los años en que estuvo implicado políticamente en la lucha antifranquista:

Cruzar la frontera en tren sería para ti durante años una experiencia opresiva en vez de exaltante: la sorda pero tenaz impresión de recorrer una tierra de nadie, celosamente vigilada no obstante, recrudecía conforme el convoy se vaciaba de la mayor parte de los pasajeros, dejaba atrás Figueres, inspectores de paisano controlaban severamente el pasaporte, el paisaje devenía triste y desierto, los muros se batían en ruina, edificios cercanos a Port Bou cobraban un aire adusto y conminatorio (...) (CV, 245)¹.

¹ Por la frecuencia de cita, se simplificarán las referencias a las dos obras autobiográficas de Goytisolo: *Coto vedado* como CV y *En los reinos de taifa* como RT. El lector cuenta con la referencia completa en la lista bibliográfica final.

En una de las escenas rememoradas, se yuxtapone, coincidentes en el espacio, el recuerdo posterior –y por tanto, perteneciente a la reconstrucción autobiográfica, al “falseamiento” de la experiencia pasada o, simplemente, a la ampliación de la experiencia vital que da el tiempo transcurrido- de la imagen del pensador alemán en Portbou, poco antes de su suicidio:

(...) la pieza quizás en la que el veintiséis de septiembre de 1940 un grupo de fugitivos sin patria, mujeres y hombres, habían permanecido horas y horas suplicando y llorando ante el oficial impasible que, acomodado en su despacho, invocaba rutinariamente el texto del decreto que impedía su admisión en el país, su obligación de conducirles con escolta a la frontera donde les acechaba el internamiento administrativo en un campo, la entrega a aquellos mismos de quienes escapaban: todo cuanto él, el hombre con traza de intelectual judío y vagamente trotsquista a causa de las gafas incluido en el grupo, tenía previsto desde hacía años: mejor detener el juego allí, aprovechar la tregua nocturna, absorber la dosis de morfina cuidadosamente guardada para el caso: aunque tú no sabías nada de él y nadie florecía entonces la tumba del apátrida (...) (CV, 246)

No es baladí que en el último párrafo de *En los reinos de taifa* reaparezca Benjamin y su sentencia de la incapacidad de la memoria para fijar el tiempo ni abarcar la globalidad del espacio, y, por tanto, su referencia sirva al narrador para aseverar el engaño implícito del género autobiográfico, su subjetividad inherente y su condición de manipulación posterior de hechos pasados:

Reconstruir el pasado será siempre una forma segura de traicionarlo en cuanto se le dota de posterior coherencia, se le amaña en artera continuidad argumental. Dejar la pluma e interrumpir el relato para amenguar prudentemente los daños: el silencio, y sólo el silencio, mantendrá intacta una pura y estéril ilusión de verdad (RT, 383).

La referencia filosófica, literaria y moral de Walter Benjamin, pese a sus contadas huellas, enmarca a nuestro juicio la posición del autor Juan Goytisolo frente a su proyecto autobiográfico: son numerosas las ocasiones en que el narrador juzga de interés colectivo dejar constancia de ciertos acontecimientos vividos por él (la memoria histórica, encarnada en el Benjamin al borde de la muerte en Portbou); y asimismo, estamos ante un discurso que se sabe subjetivo y lleno de vacíos y lagunas, por lo que son frecuentes las reflexiones acerca de las relaciones entre memoria y escritura, entre escritura e identidad individual. En este sentido, Goytisolo no duda en remitir al lector a muy diversas fuentes (novelas de su hermano Luis, novelas de Monique Lange, obras de Genet, etc.); fuentes no historiográficas, pero fiables para el

autor en la reconstrucción de un itinerario vital. No estamos, pues, ante un texto con afán de exhaustividad, sino ante la ordenación retrospectiva de la construcción de una identidad, la de Juan Goytisolo, que se sabe múltiple, conflictiva, pero que se expone honesta ante la mirada del lector. Matizando la definición clásica de Lejeune, el profesor Villanueva propone una noción de la autobiografía, cuyos parámetros genéricos cumplen los dos textos de Goytisolo: “una narración autodiegética construida en su dimensión temporal sobre una de las modalidades de la anacronía, la analepsis o retrospección. La función narradora recae sobre el propio protagonista de la diégesis, que relata su existencia reconstruyéndola desde el presente de la enunciación hacia el pasado vivido” (Villanueva, 1991: 207).

Y es que tanto *Coto vedado* como *En los reinos de taifa* constituyen un recorrido desde la desmitificación de la genealogía familiar –una “antigenealogía” en palabras de James Fernández (1991: 56)- hasta la asunción de su condición homosexual y su consagración a la literatura, en una búsqueda dolorosa e insobornable de la autenticidad existencial: “escritura, sexo y amor configurarán en adelante tu territorio más profundo y auténtico” (RT, 114). No será objeto de este breve estudio dilucidar los límites del género autobiográfico en la particular obra de Goytisolo, ni averiguar las fronteras entre lo históricamente verificable y la figuración literaria del escritor; para ello remitimos al lector a insoslayables trabajos críticos publicados con anterioridad (Plaza, 1989: 345-350; Dehennin, 1989: 149-161; Navajas, 1990: 259-278; Labanyi, 1990: 212-221; Loureiro, 1991-92: 71-94; Moreiras Menor, 1996: 327-345; Pope, 2002).

Como anuncia el título del artículo, nos proponemos analizar cómo la ciudad de Barcelona se materializa en las páginas de los dos libros autobiográficos de Juan Goytisolo: qué aspecto adquiere la ciudad desde la atalaya del Goytisolo niño, del joven, del adulto, del voluntariamente exiliado en París. Un estudio más extenso permitiría ramificar los parámetros espaciales que sigamos para *Coto vedado* y *En los reinos de taifa* hasta su obra narrativa, entre la que destacaría rápidamente *Señas de identidad* (1966), si bien la extensión de nuestro texto nos obliga a dejar esta comparación para futuras ocasiones y a remitir a estudios que ya la abordan (Navajas, 2007: 284-286).

Aunque el recorrido vital sigue las normas de la retrospección y el narrador atiende, en mayor o menor medida, a la relación que su yo niño, adolescente o adulto establecía con la realidad y sus gentes, bien es cierto que el presente de la narración

determina en mucho el punto de vista narrativo desde el cual se nos explican los hechos. En relación con este punto, Villanueva señala el “valor semántico del tiempo, que hace del discurso autobiográfico una auténtica cronofanía” y erige el parámetro narratológico genettiano del “alcance” –distancia entre el presente de la narración y el tiempo vital que se describe- en determinante de las “diferentes tonalidades” que pueden impregnar la narración autobiográfica, “desde la evocación nostálgica de un tiempo lejano entrevisto como en nebulosa hasta el apasionamiento con que se cuenta un curso de acontecimientos en el que todavía se está implicado” (Villanueva, 1991: 209).

Ni nostálgico ni apasionado. El propósito evidente de Goytisolo es mostrar a sus lectores el viaje interior y exterior llevado a cabo para alcanzar una “autenticidad subjetiva”, en palabras del escritor barcelonés, y todo ello con evidentes intentos de ecuanimidad. En consecuencia, la “tonalidad” con que Goytisolo tiñe su pintura nos muestra una Barcelona que deviene un espacio de opresión vinculado a diversos estamentos fundamentales para la organización de la sociedad española durante el franquismo: la autoridad paterna, la moral católica, la falta de derechos y libertades en un sistema dictatorial y la hipocresía social de la clase protagonista en la capital catalana, la burguesía. El rechazo múltiple a estas cuestiones, que asfixiaban moral y existencialmente al escritor desde su adolescencia, lo lanzó a huidas también múltiples, que culminarían con el abandono definitivo de su residencia en España. En este sentido, el narrador recuerda, en *Coto vedado*, el clima tenso e insoportable que se instauró en su familia después de los abusos sexuales que le infringió el abuelo materno y su deseo de escapar:

El rencor activo del uno [su padre] y resignación derrotada del otro [el abuelo] fueron el pan cotidiano de mi vida barcelonesa: un elemento penoso, cuya reiteración insoportable contribuyó de forma decisiva a hacerme aborrecer el lugar. Largarme de casa, del barrio, de la ciudad: todos mis planes de bachiller flamante convergían en la huida. El día en que solté al fin las amarras, mentalmente vivía fuera. Cuando uno se va es porque ya se ha ido (*CV*, 125).

Huidas diversas que respondían a varios rechazos: el rechazo a la clase social a la que pertenecía; el de la ideología oficial –también encarnada en la figura paterna-; el de los prejuicios sociales; o el de la falta de libertades de todo tipo. Es quizá por ello que podríamos aventurar que la Barcelona de Juan Goytisolo se dibuja como una cartografía de rechazos y de huidas, a través de las diferentes etapas vitales apresadas

en los dos volúmenes que nos ocupan; rechazos y huidas que se transforman en rupturas y desplazamientos por el ejercicio de un espíritu crítico consciente y militante.

Como no puede ser de otro modo, la ciudad adquiere un mayor protagonismo en *Coto vedado* que en el segundo tomo de 1986, instalado ya Goytisolo en París. En el primer volumen –que en palabras de Adolfo Sotelo constituye su particular “indagación personal estética y moral” (2017)-, Barcelona se erige en el destino elegido por el bisabuelo Goytisolo, de origen vasco y enriquecido en Cuba gracias a las ganancias generadas por una estructura económica esclavista. De alguna forma, el desaparecido chalé morisco de la calle Mallorca, memoria indirecta y no vivida por el escritor, representa para Goytisolo la fatuidad y la doble moral de una clase, la burguesa, a la que pertenece y que no tarda en aborrecer. En este sentido apunta Fernández que esta ruptura para con su medio social fue un rasgo compartido por gran parte de su generación (1991: 54).

Los años de esplendor económico de su familia, apenas entrevistados en su infancia, se tejen en las primeras páginas de *Coto vedado* gracias a testimonios familiares, cartas y fotografías. Es de gran interés notar cómo Goytisolo recurre al recurso narrativo de las instantáneas fotográficas en numerosas ocasiones en que cuenta con un vacío en su memoria de los hechos e interpone en la narración argumental la foto fija recuperada, ante la dificultad de cribar la memoria de la etapa infantil, apenas “chispazos de luz” (*CV*, 53).

El trabajo como gerente industrial de su padre en ABDECA, la torre en la calle Pablo Alcover y los veranos en la casa de campo en Torrentbó constituyen las noticias geográficas que el narrador nos proporciona de sus primeros años. Pronto, Barcelona va a transformarse en un escenario visto desde la lejanía: el estallido de la Guerra Civil y que los milicianos requisaran la torre de Pablo Alcover provoca que la familia Goytisolo se refugie en Viladrau, espacio de juegos salvajes, de libertades infantiles y de conexión con la naturaleza. Apenas entrevemos “esa Barcelona de pólvora y sangre” del 36 antes de la salida de la familia de la capital catalana:

(...) el último número de *Mickey*, nuestra revista favorita, había salido pintarrajeado de los colores rojo y negro de la FAI; las iglesias ardían una tras otras como en la época del Imperio Romano. Desde el cenador del jardín, contemplábamos el camión de ‘los rojos’ estacionado junto a Santa Cecilia, la densa columna de humo que se extendía sobre el minúsculo edificio blanco (*CV*, 65).

La muerte de la madre debido al bombardeo destinado a la Universidad Central de Barcelona, que recayó ante el Teatro Coliseum, marca inexorablemente los destinos de los cuatro hermanos, que quedaron al cuidado de un padre enfermo ya de una pleuresía pulmonar y radicalmente adscrito a las políticas franquistas. El bolso negro de Julia Gay, lleno de juguetes comprados para los cuatro niños, se convierte en el símbolo trágico de una ausencia que se proyectará en la fundamental etapa formativa del escritor y que determinará, entre otras cuestiones, la relación de los hermanos Goytisolo con el idioma:

Mientras los abuelos Marta y Ricardo se hablaban entre sí en aquel idioma, se dirigían a nosotros en castellano por expresa indicación paterna. (...) Bajo la fuerte presión de unos años en que debía cultivarse por decreto la “lengua del Imperio”, el catalán subsistía a duras penas en la intimidad de las casas. Fruto de ello sería mi escaso conocimiento del mismo fuera de las fórmulas de cortesía, saludos tacos aprendidos, en los veranos, con los payeses de Torrentbó. Papá, en el nirvana de su fobia anticatalanista, se complacía en contrastar la prosapia, distinción y eufonía de la lengua de Castilla –sonoridad rotunda de su toponimia: Madrigal de las Altas Torres, Herrera del Duque, Motilla del Palancar- con la zafiedad y plebez de unos Terrassa, Mollet u Hostafrancs grotescamente pronunciados (...) (CV, 42-43).

La particular relación con el lenguaje va a determinar de forma clara, como veremos, su vínculo identitario colectivo. El joven Goytisolo va a habitar un idioma, “un castellano empobrecido y adulterado” (CV, 42) que va a procurar nutrir, si bien mucho más tarde, de la tradición aurisecular española cuando “lejos de Cataluña y España, descubrí que era mi patria auténtica y objeto simultáneo de odio y amor” (CV, 44), pero que lo instalará en una tierra de nadie: “Catalanes en Madrid y castellanos en Barcelona, nuestra ubicación es ambigua y contradictoria, amenazada de ostracismo por ambos lados y enriquecida no obstante, por el mutuo rechazo, con los dones preciosos del desarraigo y movilidad” (CV, 43). Muchos años más tarde, en *Tradición y disidencia*, insistiría en ese “no-lugar” que la vinculación romántica –inservible a su juicio- había establecido entre patria, territorio e idioma (2003: 13).

Ya en Viladrau contemplaremos una primera huida interior de Juan Goytisolo, que procurará buscar un espacio, una “habitación propia”, y un refugio indispensable: la lectura. Desde ese emplazamiento, la familia Goytisolo vivirá la huida de cientos de barceloneses ante la entrada de las tropas franquistas. El regreso descrito por Goytisolo a la casa de la calle Pablo Alcover es representativa de los cambios operados en el niño, pese a la impresión de que el interludio en Viladrau ha sido una

especie de parón temporal: “la casa parecía más pequeña y estaba llena de gente”, si bien “mi vida real, con sus trajines, lecturas, escondrijos, querencias, seguiría siendo la casa” (*CV*, 103). Pablo Alcover se erige en estos capítulos en un microcosmos en el que se reproducen las mismas estructuras de la sociedad española de los años cuarenta: opresión, autoritarismo, doble moral. Y sin embargo, el narrador construirá en ella un espacio propio, en el que evadirse de lo exterior y en el que empezar a trazar tentativas de construcción de una identidad personal: su habitación y los libros (primero, la pasión por la geografía y los libros de viajes; después, el embrujo de la historia). A retazos, el lector puede reconstruir la Barcelona de los duros años del período de autarquía y racionamiento que siguieron a la Guerra Civil: el pan duro, la harina lacteada, la sacarina, la algarroba o las cobayas criadas por el padre Goytisolo en el jardín de Pablo Alcover para cubrir la carestía de carne, los piojos y la ropa heredada y reciclada.

Con todo, el narrador revela siempre el enmascaramiento de la realidad por parte de los discursos oficiales que penetraban tanto en su domicilio familiar como en el entorno escolar: “Esta época de plagas, represión y miseria se revestía, sin embargo, de puertas afuera, con oropeles de fariseísmo y exaltación: el final de la contienda, el triunfo de ‘los buenos’, eran descritos en casa como en el colegio en términos casi místicos” (*CV*, 105). Y la atención narrativa recae, fundamentalmente, en el devenir íntimo del sujeto enunciador, en las galerías del alma del casi adolescente Goytisolo.

La experiencia en el colegio de jesuitas de Sarrià no fue tampoco satisfactoria: otro ambiente opresivo, definido por el extrañamiento y el aislamiento, pues “la experiencia de los tres años de guerra creaba entre mí y mis compañeros de curso una distancia difícil de franquear”, de forma que “en el recreo, me refugiaba en algún rincón o lugar oculto acompañado de una novela o un libro ilustrado de geografía” (*CV*, 107). La pedagogía escolástica que regía en el centro tampoco contribuyó a mejorar la socialización del niño, ni fue decisiva en la formación intelectual y literaria del escritor en ciernes: “Mis lecturas se desenvolvían de forma exclusiva en el ámbito familiar, sin el menor engarce con cuanto se nos enseñaba o pretendía enseñar en el colegio” (*CV*, 143). Transcurren los años sin que el joven Goytisolo salga de un voluntario ensimismamiento: pasa al colegio de la Bonanova, acaba el bachillerato y su “vida real seguía centrada en casa: en mis lecturas, fábulas novelescas, ensueños, masturbaciones” (*CV*, 148), si bien para el domicilio, auténtico organismo vivo en

Coto vedado, el tiempo había pasado de forma irreversible: “el aire de desgaste, decaimiento y vejez que se adueña de personas y cosas en la torre de Pablo Alcover” (CV, 149).

Insuficiente refugio, la casa de Pablo Alcover va a contemplar las siguientes huidas y rechazos del narrador –todavía no medidas, no conscientes-, en la difícil forja de la personalidad que se da en la adolescencia. Avergonzado de la decadencia económica que le rodea, Goytisoló busca asimilarse al prototipo de los “señoritos de la Diagonal” para lograr la identificación con unos compañeros del colegio. Es notable advertir el afán de ecuanimidad del Goytisoló narrador, en su presente temporal, hacia sí mismo y los que le rodearon; duro y comprensivo con su padre, duro y comprensivo consigo mismo: “La vida de este doble cursi y mimético fue afortunadamente corta y su reproducción en alguna fotografía tomada en una puesta de largo –serio, envarado, penoso- provoca hoy en mí, al contemplarla, sentimientos mezclados de burla y conmiseración” (CV, 150). Tanto en *Coto vedado* como *En los reinos de taifa* el narrador tiende a recurrir a la tercera persona, al desdoblamiento, en las ocasiones en que conductas suyas del pasado lo instalan en la extrañeza o en un rechazo radical.

La extensión excesiva impide su inclusión en este trabajo, pero uno de los últimos capítulos de la primera parte de *Coto vedado* culmina con una sucesión casi alucinada de escenas, también instantáneas fotográficas, representativas de los últimos tiempos de la casa de Pablo Alcover: época en que sus últimos habitantes, el abuelo materno, su padre, la criada Julia, transmutada para siempre en Eulalia para evitar el recuerdo doloroso del nombre de la madre fallecida, se transforman en prolongaciones naturales de la casa, auténtico ser vivo, cuyos latidos decrepitos se agostan a la vez que agonizan sus habitantes. De alguna manera, el narrador nos presenta esta lenta muerte de la casa y de sus familiares como símbolo de la decadencia de un tiempo histórico, de una moral social determinada, que Goytisoló querrá dejar atrás cuanto antes.

Sin embargo, antes de su voluntario exilio francés, vamos a asistir a un desplazamiento urbano que tiene que ver con su sempiterno rechazo a su hábitat socioeconómico: la atracción por las gentes de las clases bajas o populares, que se tradujo en una fascinación personal y vital por las zonas urbanas marginales. Entre su reclusión en Pablo Alcover y su contacto con la Barceloneta y el Barrio Chino, media su experiencia universitaria, compás fundamental para asumir su destino individual

que sería consagrar su vida a la escritura. Tras unos confusos años iniciales, en que el deseo de eludir el control paterno le hizo aplicarse en sus estudios en Derecho, Goytisolo inicia sus relaciones con personajes que protagonizarían el mundo intelectual y cultural barcelonés en las próximas décadas, como Fabià Estapé, Jaime Gil de Biedma o los asistentes a la efímera tertulia literaria Turia (entre los que destacaría Mario Lacruz, entre otros). En estos años cobra relieve la figura de Fernando Gutiérrez, poeta y sobrino del falangista Luys Santa Marina, y personalidad fundamental en el mundo editorial barcelonés de los años cuarenta y cincuenta. Gutiérrez apadrinó al joven aprendiz de escritor, le ayudó a salir del ambiente asfixiante de su casa y le ofreció un espacio libre y auténtico, en el que no tenía que fingir que estudiaba leyes y podía escribir bajo la tutela del poeta, quien le instruyó para que mejorara y ampliara su lenguaje literario. En estos años, el lector sigue buceando en los interiores ahumados del protagonista-narrador, pues como asevera Goytisolo: “ni la súbita explosión de la huelga de tranvías que sacudió a Barcelona de su modorra ni la celebración aparatosa y chocante del Congreso Eucarístico, con su cohorte de ceremonias grotescas, lograron sustraerme de mi mullida cápsula” (*CV*, 207). Una huelga, la de tranvías, que se trasmuta en una serie de visiones casi oníricas, tamizadas por el recuerdo, en uno de los episodios metaliterarios escritos en cursiva (*CV*, 210-211).

El cheque extendido por Josep Janés, para que afianzara su carrera como escritor, y el desplazamiento desde Barcelona a Madrid, para lidiar con los conflictos empresariales de su padre, fueron los dos espaldarazos necesarios para que Goytisolo franqueara el umbral de una vida refugiada en habitaciones, desvanes o escritorios, para adentrarse en el espacio de la calle, en la vida bohemia, noctámbula y conectada con la que sería una de sus grandes pasiones: los bajos fondos, las zonas marginales y sus habitantes.

Al partir de Barcelona lo hacía con la certeza de iniciar una nueva etapa de mi vida: la ciudad en la que había nacido y crecido se divisaba apenas en escorzo, disuelta ya en la bruma, y me alejaba de ella, como escribió un poeta, “sin pesar ni nostalgia”. Madrid no era todavía la tierra libre en la que tercamente, en sueños o despierto, buscaba asilo; pero el margen de movimiento que me permitía, sin las trabas ni componendas impuestas por la cercanía a mi padre ni mi invencible angustia al cuadro familiar de Pablo Alcover, me parecía lo suficientemente amplio como para convertir aquella capital aún hambrienta, provinciana y mediocre, ferozmente castigada por la guerra, en una especie de paraíso (*CV*, 215).

El poeta innominado es otro de los vates literarios de Goytisolo, Luis Cernuda, quien en el poema “Es lástima que fuera mi tierra” de *Desolación de la quimera* (1962), escribiría unos versos perfectamente aplicables a la circunstancia del novelista barcelonés: “Soy español sin ganas / que vive como puede bien lejos de su tierra / sin pesar ni nostalgia” (2005: 503, vv. 67-69). A lo largo de *Coto vedado*, mucho más implícitamente en el caso del poeta andaluz, la referencia de Cernuda se anuda a la de Blanco White, en cuanto a ejemplos morales de la experiencia del exilio: ya en la “Presentación crítica” de la *Obra inglesa de Blanco White* (1971), Goytisolo se erige en heredero de una línea de apátridas en la que destaca a Blanco y a Cernuda.

El tiempo madrileño confirmaría, como anticipábamos párrafos antes, una de las constantes en la relación de Juan Goytisolo con los espacios urbanos:

A los veintiún años descubriría así lo que luego sería una constante en mi vida. Mi desafecto y aun horror a los ámbitos y áreas urbanos despejados, limpios, simétricos, desesperadamente vacíos, con sus calles bien trazadas y pulcras, espacios acotados, circulación fluida, existencia sonámbula: habitantes atrincherados en sus casas, jardines, cercas, signos exteriores de no compartida riqueza, frigidez, egoísmo, vitalidad anestesiada. Mi pasión, en cambio, por el caos callejero, transparencia brutal de las relaciones sociales, confusión de lo público y lo privado, desbordamiento insidioso de la mercancía, precariedad, improvisación, apretujamiento, lucha despiadada por la vida, medineo fecundo, imantación misteriosa. Una bipolaridad que, con el paso del tiempo, se acentuaría al extremo de dividir el paisaje civil y mis sentimientos respecto a él en dos campos opuestos e irreconciliables (*CV*, 221).

Unas preferencias ciudadanas que tienen que ver con una postura moral e ideológica del escritor y que se desarrollarán a su vuelta a la Ciudad Condal. Fascinación por el margen y la frontera que corre en paralelo a una larga reflexión acerca de la misión del escritor y de la función de la literatura como disidencias, que elaborará ya en sus años franceses y gracias a la figura de Jean Genet. Además de frecuentar, gracias a su hermano José Agustín, el círculo de la revista *Laye*, el escritor va a lanzarse a mejorar su conocimiento del francés y de la literatura del país vecino, en un salto hacia adelante en busca de una tradición cultural moralmente aceptable para el joven que empezaba a comprometerse políticamente en la esfera de la clandestinidad antifranquista. Carlos Cortés, antiguo compañero de estudios, va a ser el *cicerone* que instruya a Juan Goytisolo en el argot y los códigos de conducta de los bajos fondos barceloneses, que van emergiendo ante los ojos maravillados del

escritor, acostumbrados hasta entonces a un territorio circunscrito a su casa y la universidad:

La penuria y desamparo reinantes en los barrios de la periferia barcelonesa eran para mí totalmente irreales: estampas fugitivas, casi oníricas de barracas de madera y latón, niños mocosos y descalzos, mujeres preñadas, hacinamiento, suciedad, albañales, entrevistas desde el tren que nos llevaba a Torrentbó (*CV*, 240).

Ambientes vistos desde lejos en los que va a penetrar con Carlos Cortés, que nutrirían novelas como *La resaca* (1958) y que se localizaron, fundamentalmente, en torno a dos epicentros: el Barrio Chino o Distrito quinto y los muelles de la Barceloneta. Los recuerdos del Chino, hoy Raval, poblados de prostitutas y homosexuales se yuxtaponen en *Coto vedado* con el conocimiento personal y literario y el aprendizaje moral realizado años después, en París, con Jean Genet, que se materializaría en los textos recogidos en *Genet en el Raval* (2009). Además de romper con la hoguera de las vanidades literarias, Genet mostró a Goytisolo cómo erigir lo abyecto en “virtud suprema”, en motor de escritura en tanto que cuestionamiento crítico constante de una realidad oficial que debe ser continuamente impugnada. Anacrónico, por posterior, pero no por ello menos verdadero como elemento fundamental en la configuración del sujeto que es Juan Goytisolo, Genet ilumina su crónica del Raval barcelonés:

Cerilleras, estraperlistas, tullidos, vendedores de grifa, bares ruines y apenas iluminados, anuncios de lavados con permangato, tiendas de preservativos, esperpentos de la Bodega Bohemia, habitaciones por horas, prostíbulos a seis pesetas, toda la corte de los milagros hispana imponían una realidad brutal que hizo estallar de un soplo la burbuja que me envolvía (*CV*, 242-242).

La sucesión casi costumbrista traza las coordenadas de un microcosmos moral en el que el escritor busca conectarse con “elementos de autenticidad personal más allá del encanallamiento o pintoresquismo supuestos” (*CV*, 243), rastreo que iba anudado a la búsqueda de su identidad sexual y que, en un futuro, realizaría también acompañado por Jaime Gil de Biedma y por el grupo de amigos de su hermano menor, Luis (la calle del Arco del Teatro, la calle Escudillers, el bar Pastís, el bar Cádiz o la venta Andaluza fueron los hitos de su topografía nocturna). A la historia de la gestación, publicación y recepción de *Juegos de manos* (1954), se suman las crónicas de las tertulias lideradas por Josep Maria Castellet en el Bar Club y el descubrimiento del bar Varadero de la Barceloneta:

El lugar era uno de esos escenarios privilegiados que, como la plaza de Marraquech o el Zoco Chico de Tánger, se imponen a la imaginación y misteriosamente se transforman en espacio de la escritura: un pontón de forma rectangular de una cincuentena de metros de largo, con una caseta de techo de dos aguas a la que se accedía por un puentecillo. El visitante que llegaba a él procedente de la terminal de tranvías de la Barceloneta debía caminar más de un kilómetro bordeando los muelles y tinglados del puerto situados al pie de la escollera: un trayecto frecuentado casi solo por pescadores, mejilloneros o propietarios de alguna de las barcas en curso de carenadura o revisión. Cuando la benignidad del tiempo lo permitía, los clientes del Varadero se acomodaban al aire libre, en las mesas dispuestas por el dueño junto a los rollos de cuerdas, palangres y puntales de escora (*CV*, 266).

En este espacio ajeno al trajín urbano, Goytisolo perfila a personajes como Alonso, el propietario; el ebrio cantante de habaneras Amadeus; la señorita Rosi y sus Bisontes; y entre los mejilloneros y marineros, pronto destacará Raimundo, *summa* de todas las virtudes que el escritor anhelaba encontrar en el bar de la Barceloneta: la marginalidad más absoluta, un físico poderoso y brusco, la seductora mezcla de gracia y falta de modales. La fascinación ejercida por Raimundo va a marcar el compás de las experiencias de Juan Goytisolo por la Barcelona portuaria: va a absorber su lenguaje, el pasado oculto tras sus silencios y mentiras, y vampíricamente va a verterlo en su escritura literaria (por ejemplo, en *Fiestas*, de 1958); y constituirá, como Lucho en Madrid, una nueva constatación de la homosexualidad soterrada, acallada y que solo emerge en circunstancias de ebriedad, en un ambiente homofóbico –su padre, la sociedad, la Iglesia-, del que decide escapar en 1955.

Ruptura no sólo interior sino física, en mi caso, con el ambiente familiar en el que crecí, mi ciudad natal, la Cataluña en la que siempre viví como un extraño, la España opresora y oprimida por Franco, por forjar mi obra y morada vital lejos y en contraposición a todo esto, inmerso en un medio francés, árabe o norteamericano sin integrarme no obstante en ninguno de ellos, apátrida moral y espacial, pero unido fatalmente al idioma en el que expresé mi primer sentimiento de “diferencia” y a través del cual pude salvarme (*CV*, 280).

París, Monique Lange y Gallimard, su labor antifranquista desde el exterior, sus tensas idas y venidas entre la capital francesa y Barcelona, son los acontecimientos que cierran *Coto vedado* y que abren *En los reinos de taifa*. En el segundo volumen, publicado en 1986, Barcelona aparece desde lejos, visitada esporádica y brevemente por un Goytisolo implicado en la labor política del Partido Comunista Español en el exilio. Las tareas antifranquistas aparecen en este libro

completamente matizadas por la reflexión y la sucesión de hechos posteriores –el poder del “alcance” narrativo-, desvestidas de cualquier ropaje heroico o épico, puesto que están narradas desde la atalaya del escritor, que se sintió mucho más cerca de Jorge Semprún y Fernando Claudín cuando Carrillo y sus correligionarios decidieron expulsar a ambos dirigentes del Partido en 1964. Desde este registro, el narrador protagonista nos refiere su cobertura barcelonesa de la Huelga Nacional Pacífica promovida por el PCE en 1959:

En Barcelona, había asistido a los preparativos de la huelga organizada por el partido, con el apoyo a menudo simbólico de otras organizaciones antifranquistas: el ambiente en los medios opositores era de euforia y me fui con la impresión de que se avecinaban grandes cambios. En las barriadas obreras e incluso en algunas zonas del Ensanche, las consignas de paro y la “P” de Protesta se multiplicaban: ante la imposibilidad material de borrarlas a diario, los policías transformaban la letra en garabatos a lo Miró, convirtiendo así a Barcelona en una singular capital del grafito abstracto (*RT*, 39-40).

Pese al optimismo de los organizadores, dentro y fuera de las fronteras españolas, la huelga, en conjunto, fracasó. En su reportaje publicado en *L'Express*, titulado “P de Protesta” Goytisoló prescinde de las cortapisas y directrices de partido para ofrecer un panorama real, si bien desalentador, de la convocatoria; “El miedo al despido y desempleo –en un período de crisis intensa como el que atraviesa España- ha recortado las alas al movimiento (...) Pero sobre todo, detrás de las razones tácticas, está la realidad de un país al que veinte años de franquismo han quitado el gusto de la política” (*RT*, 43). Crónica que merecería numerosas críticas entre los sectores comunistas españoles afincados en París.

El asedio a las células comunistas de Barcelona entre 1958 y 1959 acabaron con el encarcelamiento de, entre otros, Luis Goytisoló. Este hecho aceleraría un reencuentro de Juan con “ese universo fantasmal y decrepito de la torre de Pablo Alcover, con tres ancianos –mi padre, Eulalia, el abuelo- abrumados y hundidos por la catástrofe que les caía encima” y con “sentimientos de remordimiento y de culpa por vivir lejos de ellos, preservado de la visión de su asoladora orfandad” (*RT*, 48). Las visitas con Monique a España perseguían un objetivo doble: proseguir con los intentos de sacar a su hermano de la prisión, trasladado a Madrid, y continuar con su labor literaria y cultural (encuentros literarios y editoriales en Formentor, etc.). Juan consigue el favor de numerosos intelectuales nacionales y extranjeros, hasta que logran su liberación. Por esos mismos años, la pareja Lange-Goytisoló retoma con

asiduidad el vínculo con los protagonistas de la *gauche divine* barcelonesa: Ricardo Bofill, Castellet, Barral o Gil de Biedma, entre otros. Sin embargo, pronto reaparece su voluntad de construirse a sí mismo en el extranjero:

Por espacio de once años vivirás física y moralmente alejado de tu país, fuera del devenir histórico, dueño del vasto olvido: mientras tu nombre desaparece de los periódicos, la obra impresa en París, México, Buenos Aires, es rigurosamente prohibida. Dicho ostracismo favorece no obstante tu decisión de ser quien eres, de afirmar tu verdad y escala de valores frente a las normas y ritos de la tribu: de poner coto al apremio del tenaz ladrón de energías (*RT*, 105).

Habitar el margen, la frontera, el no-lugar. Un ejercicio moral en el que Jean Genet sería su máximo maestro, pues le descubriría “un ámbito moral nuevo”. Genet alquilaba siempre habitaciones modestas en pensiones baratas, cercanas a estaciones de tren o, más tarde, aeropuertos, y apenas acumulaba posesiones que cupieran en una pequeña maleta: ligero de equipaje, el exilio, la decisión de no enraizar, constituyeron sus ideales. Tras su ejemplo, defiende Goytisolo:

(...) tras el mundo burgués cerrado y compacto del barrio barcelonés de la Bonanova, con sus espectros familiares y hecatombe afectiva, me internaré poco a poco y con cautela, de su mano, en esa fecundidad desligada de nociones de patria, credo, estado, doctrina o respetabilidad de mi ejido-medina de la Bonne Nouvelle (*RT*, 156).

El exilio francés no será, con todo, suficiente. Tras un tortuoso camino de intentos para conjugar el amor que siente por su compañera y su condición homosexual, antes de un viaje a la U.R.S.S. asume y comunica a Monique su circunstancia. Años después, sobrevendrá el segundo exilio y su traslado al norte de África, viaje que emprende con el mismo propósito: hallar el espacio propicio para vivir libremente su identidad personal y poder así librarse, abocarse, de forma plena y auténtica a la escritura. Este proceso de asunción plena, se trasmutará en una notable inflexión estética, narratológica, en su obra literaria, que devendrá, como asevera el profesor Sotelo, una “narrativa de un radical fragmentarismo, de una composición en mosaico, verdadero palimpsesto alguna de ellas, en la que la linealidad narrativa ha desaparecido por completo, para amanecer una constructividad articulada desde lo plural, desde la diferencia” (2017).

Así confesaba la necesidad perentoria de alejarse para hablar desde dentro, en una de las cartas escritas a Monique y transcritas al final de *En los reinos de Taifa*:

(...) en Saint-Tropez, sin algo concreto entre manos, simplemente no existo. Aunque aborrezco a España, este sentimiento tiene algo positivo:

es útil para mí pues me sirve en el campo de la escritura. En Saint-Tropez, e insisto en que ello no te concierne, no estoy en España ni frente a España ni puedo mirarla como aquí de una manera nueva (RT, 370).

En el conciso discurso de aceptación del premio Cervantes 2014, Goytisolo confirmaría el deber moral de su último desplazamiento: “Mi condición de hombre libre conquistada a duras penas invita a la modestia. La mirada desde la periferia al centro es más lúcida que a la inversa” (2015: 2).

Las realidades representadas en los dos volúmenes autobiográficos de Juan Goytisolo son íntimas, más que exteriores. Es por este motivo que la ciudad de Barcelona aparece a retazos, pinceladas de espacios que el sujeto narrador habitó en un momento concreto y que están claramente determinados por las gentes que los habitarían. Barcelona no es ni un mero escenario, ni la interrelación entre el espacio exterior y el interior del protagonista a través de las impresiones subjetivas del personaje narrador. Barcelona es una realidad asediada por Goytisolo, una realidad despojada de los oropeles de la retórica oficial, que muestra sus profundas brechas morales. Quizá sí se acerque a la noción de realidad vivida, el *espace vécu* lefebvriano (2013), en tanto que los retazos de Barcelona que se muestran aparecen como una compleja amalgama de símbolos e imágenes, de vivencias posteriores que se inmiscuyen en la rememoración del pasado.

En *La España vacía* (2016) Sergio del Molino traza los límites y sinergias entre una España urbana, europea y cosmopolita, y una interior y despoblada, que han vivido a espaldas una de otra, pero cuyas esencias son indisociables. Frente a una idea positiva de ciudad, que vincula urbe, civilización, modernidad y progreso, Goytisolo llevó a cabo una interesante búsqueda de los lugares impuros, ajenos a ese supuesto cambio positivo, pues representaban para él una dosis máxima de “autenticidad subjetiva” –una esencia que también hallaría, por ejemplo, en esa “España vacía” que dibuja en *Campos de Níjar* (1960)-. “Pájaro que ensucia su propio nido” –título que antepuso para sintetizar su posición moral frente a su país de origen en una recopilación de artículos de los años noventa (2001)-, Goytisolo buscó ser el Otro, situado en tierra de nadie para poder enfrentarse de forma crítica e insobornable con la verdad.

No es baladí la relación de vaticinio que se establece entre lo que casi constituye una nota mental en *Coto vedado* acerca de la muerte de su padre y su propia muerte en este año de 2017: “parada ante el lujoso panteón en donde se pudren

los restos de tu familia. Sentimientos de horror por aquel mausoleo, tu puesto reservado en él: firme decisión de no permitir tu sepultura en el mismo” (*CV*, 156). Muy lejos de los cementerios monumentales de Barcelona, Goytisolo escogió el cementerio de Larache, frente al océano Atlántico, junto a la tumba de su admirado Jean Genet, para que, incluso más allá de la muerte, su nombre habitara la frontera, la ruptura y el desplazamiento.

Bibliografía

Benjamin, Walter, *París*, Madrid, Casimiro, 2013.

Cernuda, Luis, *Poesía completa* (ed. Derek Harris y Luis Maristany), Barcelona, Siruela, 2005.

Dehennin, Elsa, “Relato en primera persona: Novela autobiográfica versus autobiografía. El caso de Juan Goytisolo”, en Sotelo Vázquez, A. y Marta Cristina Carbonell (eds.), *Homenaje al profesora Antonio Vilanova*, Barcelona, Universitat de Barcelona, vol. 2, 1989, pp. 149-161.

Fernández, James D., “La novela familiar del autobiógrafo: Juan Goytisolo”, *Anthropos: Boletín de información y documentación*, nº 125, 1990, pp. 54-60.

Goytisolo, Juan, *Coto vedado*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

Goytisolo, Juan, *En los reinos de taifa*, Madrid, Alianza Editorial, 2015.

Goytisolo, Juan, *Tradición y disidencia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2003.

Goytisolo, Juan, *Pájaro que ensucia su propio nido*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2001.

Goytisolo, Juan, *Genet en el Raval*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

Goytisolo, Juan, *Campos de Níjar*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.

Goytisolo, Juan, “A la llana y sin rodeos”, Madrid, Ministerio de Educación Cultura y Deporte, 2015. Disponible en:

http://www.mcu.es/premiado/downloadBlob.do?idDocumento=2654&prev_layout=premioMiguelCervantesPremios&layout=premioMiguelCervantesPremios&language=es

Labanyi, Jo. “The Construction/Deconstruction of the Self in the Autobiographies of Pablo Neruda and Juan Goytisolo”, *Forum for Modern Language Studies* 26 (1990): 212-21.

Lefebvre, Henri, *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013.

Loureiro, Ángel G., “Autobiografía del otro (Rousseau, Torres Villarroel, Juan Goytisolo”, *Siglo XX/20th Century* 9 (1991-92): 71-94.

Molino, Sergio del, *La España vacía*, Madrid, Turner, 2016.

Moreiras Menor, Cristina, “Juan Goytisolo, F.F.B. y la fundación fantasmal del proyecto autobiográfico contemporáneo español”, *MLN* 111 (1996): 327-45.

Navajas, Gonzalo, “Confession and Ethics in Juan Goytisolo’s Fictive Autobiographies”, *Letras Peninsulares* 3 (1990): 259-78.

Navajas, Gonzalo, “*La mala educación* al desnudo. El medio autobiográfico y la literatura española del siglo XX”, *Lectura y signo* 2 (2007), pp. 277-290.

Plaza, Sixto, “*Coto vedado*, ¿autobiografía o novela?”, en *Actas de la IX congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. 18-23 de agosto de 1986, Berlín, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag*, vol. 2, 1989, p. 345-350.

Pope, Randolph D., “La elusiva verdad de la autobiografía: En torno a *Coto vedado* de Juan Goytisolo”, *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*, nº 5, 2002.

Sotelo Vázquez, Adolfo, “Conciencia, escritura y soledad”, *La Vanguardia*, 05/06/2017.

Disponible

en:

<http://www.lavanguardia.com/cultura/20170605/423198565270/conciencia-escritura-y-soledad.html>

Villanueva, Darío, “Para una pragmática de la autobiografía”, en Lara Pozuelo, Antonio (ed.), *La autobiografía en lengua española en el siglo XX*, Lausanne, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, 1991, pp. 201-218.